

LA CURVA DE LA PIRÁMIDE

Christian Ferrer

El poder y los procesos de institucionalización comparten la forma de la pirámide. Es tan antigua que parece haber estado en el mundo desde siempre; es tan sólida que agobia la sola idea de confrontar con ella; es tan hipnótica que ninguna otra figura logra atraer la misma atención. La pirámide, ese laberinto vertical, ha sido construida según planes y principios jerárquicos tan enraizados en la comunidad que la imaginación política solamente concibe el ascenso a la cúspide, peldaño por peldaño, y el hecho de que, en algunas épocas, personas o voluntades mancomunadas hayan pretendido derribarla suscita el asombro más que el rechazo. La voluntad de cambio siempre se licuó en la horma acostumbrada, como si la jerarquía hubiera sido grabada a fuego en el alma y el cuerpo de cada ser humano, un suceso que ocurre muy tempranamente en la vida. No amar el sometimiento y desdeñar el sitio del amo parecen imposibilidades de la historia, poco menos que tabúes.

La presión impuesta por la forma-Estado sobre las representaciones sociales del poder y la política las vuelve proclives a reproducir el estado de cosas vigente en el mundo, orientando tanto a los ya favorecidos como a los que aspiran a transformar una situación injusta. Para unos y otros, el Estado es sagrado. Sus atributos son la unidad, el centro, el vértice más alto, y la concentración de energías en torno suyo, y nunca cesa de imprimir su sello sobre los deseos y las esperanzas de la población, curvándolas hacia su imagen omnipresente. Se le teme en la misma medida en que se lo desea. Lo que ha sido instituido puede ser cuestionado por puebladas o actos jacobinos, pero la furia desatada termina por estabilizarse y aquietarse, disolviéndose en puestos de gobierno, rangos de escalafón y prebendas. Un resto, absolutamente refractario, es perseguido y maldecido, pero la mayor parte de las luchas y partidos que alguna vez han desafiado a un poder se doblegan ante la efigie a la que querían derrumbar. La domesticación es una triste ley de la política.

La fortaleza de la pirámide se asienta en su capacidad de hacer inclinar todas las relaciones, acciones e innovaciones hacia sí misma, por apremio y adecuación de la imaginación a la ley de la equivalencia estatal. La curvatura culmina en genuflexión: es la negación del impulso originario del movimiento social. Los ejemplos históricos analizados en este libro abarcan experiencias muy distintas y distantes en el tiempo, pero se corresponden unas con otras en su dinámica y en su resolución. Ese fue el caso de Calvino, en Ginebra, quien dedicó esfuerzos y encono a combatir al papado pero también a rechazar y perseguir a sus propios seguidores recalcitrantes que procuraban instaurar el reino de los cielos en la tierra sin más trámite. Y fue el caso mucho más cercano de Mussolini, quien decidió apaciguar a los “descontrolados” del partido fascista una vez conseguido el poder tras la “Marcha sobre Roma” a fin de evitarle sobresaltos inconvenientes a su régimen. Y también fue el caso de Lenin, que destruyó a los grupos y partidos dispuestos a instalar al comunismo más como forma de vida que como gobierno esclarecido en la Rusia revolucionaria. En estos ejemplos famosos, pero asimismo en la cotidianeidad de los regímenes democráticos, se hace notorio que los políticos, sean conservadores, populistas, liberales o dirigistas, están unidos por “un hambre feroz de estabilización”, unanimidad tenaz sin embargo horadada de continuo porque la historia humana es convulsa e imprevisible.

La institucionalización de las fuerzas sociales suele justificarse con argumentos que enfatizan las “necesidades históricas”, discurso que disimula el ánimo burocrático de una generación de militantes o las conveniencias de una nueva casta de líderes. Las explicaciones vienen con dobleces, como sucede con las excusas motivadas por la mala conciencia o la defensa de una situación de hecho. La dirigencia comunista, en la Unión Soviética o en sus aldeaños, solía blindar sus privilegios descargando la culpa sobre “los enemigos de la revolución”, que eran menos adversarios reales que chivos expiatorios destinados a desviar la atención, y el odio, de las poblaciones estafadas. El gobierno cubano, durante medio siglo, exculpó la persecución a disidentes en nombre de una revolución eternamente víctima de un bloqueo económico. La causa “exterior” legitima la prohibición de los desacuerdos internos.

Pero no es claro que hayan existido diferencias últimas entre la destrucción capitalista o comunista de la libertad, porque la apropiación del poder es un robo hecho a la comunidad.

La contraparte del proceso de institucionalización no supone únicamente un pueblo desbaratado o impávido, sino un cómplice deseo de ley. La rendición es voluntaria. El poder da forma a la personalidad clavándola a su cruz, pero es auxiliado por el instinto de libertad vuelto contra sí mismo. Como un entrometido que acaba transformado en huésped indeseable pero rutinario, la técnica de la dominación regula a la persona desde su propia vida psíquica. Es el misterio del autosometimiento, una desventura humana, que no requiere tanto del quebrantamiento de las resistencias como de una intrusión originaria sucedida en la infancia que luego progresa por “mantenimiento del sistema”, haciéndonos vulnerables al principio de autoridad. Esta subordinación es desesperante, un círculo vicioso, puesto que el veneno neutraliza al posible antídoto y la metamorfosis del esclavo en amo se hace inevitable.

René Lourau, quien se autodefinía “apartidario” y “antiinstitucionalista”, de por sí opciones anómalas, escribió una historia de movimientos populares de existencia efímera y trágica que quisieron fundar un mundo sin Estado, contra el Estado o en un afuera del Estado. Sea la experiencia del ala radicalizada de la Iglesia durante la época de la Reforma, el soviet de Kronstadt, o la inédita posibilidad, casi milagrosa, abierta por las colectivizaciones durante la Guerra Civil española, en esos casos, y en otros que han sido minimizados o soslayados, se puso a prueba, activa y ofensivamente, la capacidad del Estado para recuperar fuerzas sociales que autogestionaban su propio destino. ¿Qué hacer con esta herencia? Por lo pronto, la separación entre teoría y práctica es sometida a crítica por Lourau, quien se negó a zanjarla por medio de las dos alternativas más habituales de la década de 1960, que se correspondían con las figuras del “intelectual comprometido” y el “intelectual orgánico”, porque la adhesión a una causa o a un partido obstaculiza el análisis de los lazos institucionales que transforman a los proclamas y declaraciones en un sistema de ideas que disculpa o promueve a las nuevas opresiones. No se cuestiona solamente la división social del trabajo, también el estatuto del papel escénico cumplido por los intelectuales en la época moderna.

Una impugnación más específica anima a René Lourau, el cuestionamiento de las ciencias sociales, incapaces de pensar su punto ciego: el acomodamiento de las energías sociales a formas institucionales que las niegan. El libro es también una crónica de la suerte, y de la mala suerte, del análisis institucional, una innovación crítica en la historia de la sociología que buscaba menos el afianzamiento conceptual de ese saber que su desmembramiento. Lourau consideraba a la sociología y a las ciencias políticas “emanaciones inconscientes de la hegemonía estatal”. Sólo una vivisección dolorosa y valiente de la propia práctica y de los fundamentos de esas disciplinas las liberaría de su dependencia del Leviatán, “esa serpiente marina”, nombre del monstruo bíblico elegido por Thomas Hobbes como emblema del Estado. En tanto los científicos sociales procuran establecer “indicadores” de una realidad dada, Lourau se proponía construir “analizadores”, que se hacen evidentes en las luchas políticas que no toman al Estado como trofeo de caza. De existir un método, y un oxígeno, para el pensamiento social, provendría de “una sociología de la autodisolución de las formas”. Difícilmente las ideas de Lourau hubieran tenido escucha en la Argentina de las décadas de 1960 y 1970, dominadas por el marxismo, el populismo y el cientificismo, que buscaban una vía regia de acceso al poder, no su desmontaje.

Todo conduce entonces al centro de la pirámide, allí son reabsorbidas las tendencias centrífugas, allí son desactivadas en nombre de la duración, la permanencia y la continuidad institucional, y allí son, además, encandiladas. Porque no hay Estado sin representación, tanto en lo que concierne a la delegación voluntaria de poder, a los espectáculos deslumbrantes que refuerzan la adhesión popular, como también a la categoría misma de “representación”, que emergió en el siglo XIX superponiendo el teatro, los comicios electorales y la política partidaria. El centro de la escena fulgura en la medida en que la potencia personal amengua, concibiéndose la supervivencia sólo posible bajo la dirección de un gobierno, sea que su contenido asuma formas paternalistas, autoritarias o reformistas. En el siglo XX el dirigismo devino en el modo aceptado de regulación del territorio y de administración de la vida, a veces impulsado por acontecimientos bélicos, a veces por crisis económicas, a veces por desbarajustes políticos. Sus elementos constitutivos son el plan, la organización centralizada y su extensión hacia todas las actividades

humanas. El productivismo es uno de sus mandatos y la tecnocracia su garantía de eficacia. Para el tecnócrata, el organigrama es el mapa del mundo, no importa si en su tiempo fichaba para Alemania, los Estados Unidos o la Unión Soviética, por lo demás regímenes antagónicos y contradictorios entre sí, pero creyentes en la religión de la técnica y de la eficacia.

El libro, escrito en 1978, es una respuesta intransigente e imaginativa a las muchas decepciones que dejaron las experiencias revolucionarias de la década de 1960. La lista es larga: la crucifixión de la “primavera checoslovaca” por el ejército ruso, el rápido congelamiento de las revueltas estudiantiles europeas de 1968, la fugaz experimentación autogestionaria en Argelia, la estatización de la revolución cubana, el trágico pasaje de administraciones coloniales a tiranías en el África. En todos lados se cumplía una ley de hierro: represión e institucionalización. De los temas y climas de opinión de ese tiempo, fundamentalmente el rechazo de la burocracia y de los partidos, Lourau extrajo una enseñanza que no se allanaba al escepticismo ni al posibilismo. El libro es, en este contexto de retraimiento y desencanto, un brote libertario. No es el sometimiento su tema, sino la colonización de la imaginación por el Estado, ese “misterio de los misterios”, que puede llegar a revelarse hueco cuando los hombres dejen de creer en la pirámide.